

Arquitrave



J.G. Cobo Borda • Kostas Karyotakis • Jean Dif
Pepe Barroeta • Francisco Massiani
Nuala Ní Dhomhnaill • Mia Lecomte • José Ángel Leyva

J.G.Cobo Borda: una implacable visión de nuestras debilidades

Harold Alvarado Tenorio



Pocos fueron los estudios formales de J.G. Cobo Borda (Bogotá, 1948). Parece que intentó, con su metro y noventa y tres centímetros de estatura, estudiar derecho, filosofía, o lenguas modernas en variados lugares, pero abandonó todos esos inconvenientes para dedicarse de lleno a la literatura, a los viajes y al trato con personajes de su talla e incluso, mas altos que él, mientras gerenciaba la librería del señor Buchholz, en la Avenida Jiménez de Quesada con la Carrera Octava, a pocos pasos del lugar donde había caído asesinado Jorge Eliécer Gaitán, en Bogotá, el mismo año de su nacimiento. Cobo Borda es hijo de un abogado que luchó en la Guerra Civil española del lado de Azaña y su madre es prima hermana de dos grandes escritores de la posguerra, el novelista Eduardo y su primo el poeta Jorge Zalamea Borda.

«Tendría que haber sospechado –dice Álvaro Mutis- que ese muchacho corpulento y rozagante, que me miraba buscar libros sobre Bizancio y Carlos V en los escondidos y polvosos saldos del

sótano de la Librería Buchholtz en la Jiménez de Quesada, no era todo lo inocente que su voz infantil y la parsimonia que sus movimientos indicaban. Hubiera debido ver con mayor cuidado esa sonrisa que, con ojos y boca, anunciaba, o mejor, destilaba una visión implacable de nuestras debilidades más secretas, de nuestras flaquezas mejor camufladas. [...] No, no supe ver otra cosa, en ese rostro sonriente, que el de un muchacho de buena familia bogotana, trabajando en sus vacaciones para mantenerse alejado del billar y de las tentaciones de la carrera 4ª, ya seculares en Bogotá. Buscando un libro de Brandi o de Schlumberger pasé por alto esa señal de peligro que me obsequiaba el azar».

Sin maestros presenciales y sin infancia, Cobo Borda se educó a si mismo en los cines de barrio de los años sesentas, en las conversaciones semanales con los ancianos intelectuales que pasaban por su librería, en las habituales visitas a los poetas consagrados y las redacciones de los suplementos literarios y luego, cuando hizo parte de las tareas culturales de los gobiernos de Carlos Lleras Restrepo, Julio César Turbay, Alfonso López Michelsen, Belisario Betancur y Ernesto Samper, en las subsidiarias e ineludibles lecturas para redactar profusos estudios sobre los autores que interesaban a esas administraciones: mas de medio centenar de libros que ahora llevan su impronta de editor y antologista. Una vida consumida entre Escila y Caribdis: entre su admirado Jorge Luís Borges y el soporífero Germán Arciniegas, a quien consagró más de tres lustros de hipérboles y anacolutos.

Buen lector de las concepciones borgianas de la poesía, Cobo Borda también cree que la lírica, más que leer en la historia o interpretarla, agrega, desde la experiencia individual o colectiva fábulas al mundo, ofreciendo acontecimientos y objetos que no estaban en él. Y el origen de todos estos seres inefables está en el corazón, esa «inmunda tienda de andrajos y osamentas» de Yeats. Su otro paradigma formal, y así lo ha reconocido él mismo, es Kavafis. Y quizás, también, así no lo

haya dejado consignado de manera explícita, algunos de los poetas de la Generación del Cincuenta española. De Kavafis, o mejor, de algunas de las primeras traducciones de Kavafis al español, debió tomar Cobo Borda el arquetipo de concebir el poema como un trazo, un boceto, un fragmento que denote una síntesis de las interpretaciones históricas o las íntimas intuiciones, disecando con ardor y frialdad la fugacidad de la existencia y sus actos. Con un atenuante: los textos del bogotano parten del sarcasmo que le producen el pasado y el presente de su ciudad y la historia de su nación. En Kavafis la historia es un gran friso de las tragedias individuales, en Cobo Borda una burla cruel, cursi o kisch, a la manera de Luís Carlos López, de los comportamientos de su propia clase. De los del Cincuenta, y creo que de Barral y González más que de Gil de Biedma, habría aprendido que el poema debe en parte su eficacia y prosperidad a los correlatos que establezca entre «lo particular concreto» de la vida del creador y sus lenguajes.

Cobo Borda ha publicado una treintena de libros, unos diez de ellos de poesía, aparte de multitud de plaquettes. De ellos, *Todos los poetas son santos e irán al cielo* (1984) es, para mi gusto, la mejor de sus antologías. Es su tono bastante seco, de corrector de estilo. Un estilo enunciativo, de discurso, que no se permite nada lúdico ni metafórico, como si una permanente tristeza invadiera los gestos y las peripecias vitales de su autor, incluso en los momentos en que esperamos algo de felicidad.

Cobo Borda tiene un buen número de textos donde critica y fustiga nuestra historia y nuestro presente. A Cobo le produce asco el país. En muchos de esos textos hay un escritor que desconocen las lectoras de la revista de modas o el magazine para señoritas donde él aparece a menudo opinando sobre los senos de alguna actriz o cosa parecida. Que ofrecen, además, el cuerpo y el alma de un poeta que padece la nostalgia de la carne y una voz, sin duda, memorable.

Juan Gustavo Cobo Borda

Desdén y hastío

Ya no quedaba un gramo de nada.

Sólo la obscena voluntad
queriendo sojuzgar
ese objeto degradado: tu alma.

El cuerpo que se usaba de vez en cuando
instrumento apenas
para alcanzar la verdad descarnada.

Todo se ha envilecido, inclusive la rabia.
Y el anzuelo del sexo,
ponzoña envenenada.

El anonimato de los nombres propios

Cualquiera puede llamarse Pepe
como cualquiera puede llamarse Joel.

Un usurero español
medra entre indígenas sudamericanos.
O un bodeguero francés
apila cajas de cartón hasta el cielo.

Cualquiera puede llamarse Hans
como cualquiera puede llamarse Mario.

Un comisionista inescrupuloso
expulsado de la bolsa
o un notario que envejece mal
encadenado al ilegible garabato de su firma.

Cualquiera puede llamarse Jaime
como cualquiera puede llamarse Nadie.

Un viceministro
acosa empleadas detrás de la puerta
o un poeta camuflado detrás
de las ruinas de su máscara.

Cualquiera puede llamarse María Teresa
como cualquiera puede llamarse Loreley.

Una suficiencia insegura
reafirmandose en la crueldad atolondrada
o una cándida ambición
desbaratándose contra el poder de la nada.

Cualquiera puede llamarse Carmen
como cualquiera puede llamarse Nada.
La novia de América
seduce con la vacuidad de su gracia
o ese mismo vacío
poniéndose otro maquillaje.

Como los amé a todos ellos
al intentar en vano odiarlos:
endebles pretextos
para vivir pasiones imaginarias.

Lord Byron

Bello, como el diablo,
las podridas aristócratas inglesas
se le abren como frutas.
Él las toma con el mismo desprendimiento
con que saborea muchachos,
cumbres alpinas, mitos y leyendas.

Y siempre el repiqueteo de los versos:
cascos de caballo en que huye de la isla
y ya golpea los empedrados de Verona,
el sigiloso deslizarse de la góndola
hacia la cita nocturna.
Allí las alharaquientas italianas,
putas o condesas,
arañarán su cara de Dios equivoco
hartas de la Otra
y de sus propios, estúpidos maridos.

Huirá, carbonario y libertino,
de los grises austriacos
y de su Santa Alianza de pacotilla.
Apenas un pobre noble, patizambo y calvinista.
Un poeta fecundo e incorregible.
Él mismo, quien lo diría,
que pensó venir a Colombia
en una nave bautizada *Simón Bolívar*.

Apagado mito, que revive cada día,
cometió el error feliz
de ir a pelear, entre pantanos palúdicos,
por la libertad griega
contra los sultanes turcos.

La poesía de cuanto escribió e hizo
nos sacude imprevista.
Despreocupada, insultante, feliz.
Abierto el cuello de la camisa
Lord Byron prosigue impávido
su paseo risueño
por los bordes del abismo.

Insomne

El llanto de los niños.
El estertor de los viejos.
Entre esas dos músicas se va la vida.

Timbra el suero
pues se cortará el aliento.
La sal, en la vena,
¿nos concederá de nuevo el sueño?

Las aseadoras han barrido el mundo.

Con mis nervios sin miel
titubeo con paso tímido.

Las madres salen a comprar
pan fresco para sus hijas.

Los muertos sueltan a los vivos.
Los vivos les desean «buenos días».

Kostas Karyotakis

Perfectos suicidas

Abren la puerta y buscan
sus viejas cartas,
las leen con tranquilidad
y luego arrastran sus pasos
lentamente por vez última.

Se detienen ante las ventanas,
miran los niños, los árboles,
los hombres que labran el mármol,
el sol, que siempre se oculta.

La vida, dicen, es una tragedia.
Que horrenda es la risa de los hombres,
Dios mío, sus lágrimas, el sudor,
la nostalgia de la horas felices,
los lugares abandonados.

Todo ha concluido. Aquí está
la carta: breve y simple pero honda,
como debe ser, llena de indiferencia y perdón
para quien ha de leer y llorar.

Se ven en el espejo. Miran la hora.
Preguntan si es un error, o una locura.
Todo ha terminado, dicen.

A la estatua de Libertad

Libertad, Libertad,
rompe los cielos tu diadema.
Tu luz ciega a tu pueblo.
Doradas mariposas, los americanos,
calculan tarde cuanto vale tu metal.
Libertad, serás comprada por mercaderes,
y empresarios y judíos.
Muchas son las deudas de nuestro siglo
a la justicia, muchos los pecados
que conocerán las nuevas generaciones
cuando te comparen con Dorian Gray.
Libertad, los bosques lejanos te añoran,
te añoran los jardines en ruinas.
Los hombres reciben como premio
la pena a sus trabajos
pero siguen viviendo con la muerte.

Burócratas

Los burócratas se gastan y terminan
como las pilas eléctricas que hay en las oficinas.
(El Estado y la Muerte son una suerte de ingenieros
que los reaniman).

Sentados en sus sillas,
garabatean papeles en blanco.
*«Por medio de la presente
tenemos en honor de....»*

Sólo les queda el orgullo
mientras descenden por las calles,
por las noches, como muñecos de cuerda.

Compran castañas, cavilan en las leyes,
piensan en el dinero, mientras se
encogen de hombros,
como si nada, los pobres burócratas.

Mikaliós

Reclutaron a Mikaliós en el ejército.
Fue con orgullo y regresó con el rabo entre las piernas,
no fue capaz siquiera de aprender a marchar.
Siempre imploraba le dejaran volver a su pueblo,
en el hospital miraba en silencio los cielos,
poniendo sus ojos en lugar distante,
como si estuviera siempre suplicando:
«dejadme volver a casa».
Mikaliós murió en la mili.
Le dijeron adiós unos milicianos.
Marís y Panayotis cavaron su tumba,
tan pequeña, que dejaron fuera una de sus piernas.
¡Era tan largo, el infortunado!

Preveza

Los cuervos de la muerte
aletean frente a los negros muros,
contra los techos.
Las muertas mujeres cortan cebollas
mientras hacen el amor.
Las muertas calles, banales y sucias
con sus pomposos nombres.
Muerte los olivares que rodean el mar,
muerte dentro de la muerte.
Los muertos policías requisan
las escasas raciones de alimentos.
Los jacintos muertos cuelgan en el balcón,
donde un maestro lee un periódico.
En Preveza hay un batallón de guardia.
Los domingos vamos a la retreta.
El pasado lunes abrí una cuenta de ahorros,
mi primer depósito de treinta dracmas.
Mientras voy por el muelle me pregunto
si existo y luego me respondo: ¡no existes!
En el puerto izan la bandera para que el barco entre.
Irás a la llegada del señor prefecto.
Si al menos, entre tanta gente,
uno muriera de verdad de aburrimiento,
silenciosos, tristes y modestos
nos divertiríamos en su funeral.

Jean Dif

Final de una pareja

Adiós

Uno aparta sus objetos
el otro sus emociones
Hacen sus maletas
Ponen sus recuerdos
sus momentos de alegrías y dolores
los sacrificios consentidos
y las mentiras que quisieron creer
Los entierran profundamente
bien ocultos bajo las horas
de los días que creyeron nuevos
con las fotografías amarillentas
en blanco y negro antes del color
que pensaban inalterables
Colocan la maleta
en un lugar inaccesible
La olvidan
Ahí están preparados
para una nueva vida
sin saber el lugar que se les concederá
Vuelven la espalda
se exilian en la Siberia
de su indiferencia
Se van sin darse vuelta
magníficos fingiendo ignorar
que la vida es redonda
como la tierra
y que se termina siempre
por dónde se empieza.

Poesía

No busques la poesía
dónde crees poder encontrarla
No esta allá
La poesía odia el ruido
Es una casa abandonada
que se encuentra al desvío
de la senda donde se extravía
La poesía es la frase olvidada
que surge de repente en la memoria
para recordar al adulto
que en él duerme un niño
La poesía es este alcohol
que no se puede definir
ni su sabor ni su efecto
La poesía es un fuego
que quema sin consumir
Es la visitadora de la noche
que surge sin anunciarse
La poesía es una imagen
que una sola mirada halaga
Es la pasarela frágil
echada sobre el abismo
entre dos cumbres inviolables
La poesía es indomable
muere pronto si se enjaula
pero sus pasos son indelebles
Oculta su fuga de sepia
antes de secarse la tinta

La sombra de las palabras

Dentro del ojo suavizado
por la bendición de las lágrimas
uno se dibuja

En el nido de la boca
donde el eco se acurruca
nacen alas
y color al pensamiento

Uno se esfuerza por entender
las señales inteligentes
que un extranjero entrega
desde el fondo de un pozo
cavado por la sed

Uno se vacía sobre la página
con ruido que en el se levanta

La sombra de las palabras
ocultas en los repliegues del alma
se hace sedimento
donde brota la emoción

Verano 2005

Tarde tórrida en París
Un olor a miel confitada
surge en el aire inmóvil
desde las agujeros de Luxemburgo
Los pájaros con sed
extraen con sus picos
el agua amarga de las frutas verdes
Una lengua codiciosa busca
el pequeño lago de sudor
formado en el hueco de un pecho
Más abajo se oye golpear
la sangre de una madre
en la concha de carne
delicada de un ombligo
Las manos de un ciego leen
bajo un vello exquisito
lentamente
las largas piernas
Los amantes son espejos
colocados frente a frente
que intercambian sus caricias
como reflejos
En la Tierra de Fuego dicen
que el hueco en el ozono
vuelve ciegas las ovejas
Iré a comprobar digo al hombre
quién sale de su compañera
como un cordero que nace
para escribir este poema

Pepe Barroeta

El pozo

Cambió la utopía
por un pozo séptico
donde convivir despoja
toda inclinación de poder.
El trueque ha resultado
por ahora
beneficioso.

Percibo mis olores y mis dolores con naturalidad,
toco paredes y hallo el diálogo cortés
de un personaje que remueve mis culpas
y me sirve café. El personaje sabe que luego
de la toma iniciamos con puntualidad
el reparto de las barajas.

El azar nos aleja de la
utopía y convierte la incertidumbre
en una emocionante vuelta de tuerca.

Los pocos visitantes se desnudan en un mínimo
ángulo del pozo
convencidos de que la libertad es la manera
de llegar sin miedo a la muerte.

El pozo séptico representa otra cara de la moneda:
no se habla de persecuciones, odios guerras.

Usted viene y caga.

Una vez hecho lo que Dios manda puede salir
a disfrutar la vida, a apostar la baraja
sin necesidad de perder o ganar.

Puede regresar porque siempre hay un pozo
que nos reclama.

Tránsito

La muerte me salva de la muerte.
Escondo
Un pájaro
Quebrado
Gozo de mis partes altas
y bajas.
Incierto
Con el vigor terrible de la nada
Tumbo de hastío mi lengua hostil.

Sirenas

En el patio muere Razón.
Nada queda de mi cuerpo orgulloso
de mi mano de leche
contra el universo
bebo el placer del cielo enfermo
atado a una migaja de amor
disuelta por el agua.
Sé que puedo llegar a Itaca
desde toda intemperie.
Me importa la lluvia
La razón sola de la lluvia.
Itaca queda en mis zapatos
Odio el camino.
Sirenas y ocio flotan
sobre el poema.

Mediodía

Se pusieron trapos
en mis ojos
si cagaras
sería menos ridículo
No pondría
- por ejemplo y etcétera -
el gato y la camisa al revés.
Sería menos valiente mi palabra
en la última cena de amor.
Si pusieras tus piernas encima del plato
tus nalgas en la avena
ocultarías mi muerte.

Marzo

Tengo 62 años.
Hoy 26 de Marzo 2005
el ataúd contiene el cuerpo
de Marina.

Mi primera esposa
conmueve la quietud de quien
llenó tu corazón adolescente
el adiós de tanta vieja pasión
el mundo sin orilla.
Trato de hablar en ella

Celebro
perdono el porvenir
Entre el silencio y ofrendas
la sepultura
el gusano de seda que junta
y separa.

Francisco Massiani

En la hora del día

En la hora del odio
Cuando las agujas se detienen en el mismo lugar del fuego
 Cuando el sol es una aguja que pincha la pupila
 y se derrite en tu espalda ardiendo
 Cuando los pájaros se queman en el aire
 y caen sobre el techo hecho de cadáveres
llega la inútil poesía con un tiro en la sien.

Es el momento de los cigarrillos
 multiplicados con la misma acidez
 Cuando el aire tiene olor a murciélago
 y a cabellos achicharrados
 Cuando los niños son entregados en la hoguera a fin de
 alimentar el verano asesino
 este maldito verano de mi país
 Cuando son entregados los trofeos en el rito de la muerte
 y caen orejas y brazos y manos
 y labios y cabezas en la hoguera
llega inválida y cojeando la puerca poesía
 con un tiro en la sien.

O cuando la lluvia inicia su paseo matutino
 arrastrando las huellas cansadas
y limpiando la máscara de acero que cubre indiferente
 nuestra maldita ciudad
 Cuando la lluvia se muere con los cigarros
 y se detiene a figurar las nubes rotas
 y asustadas llega cojeando a toda prisa
 la inútil poesía con un tiro en la sien.

O cuando te desprecias
en la hora donde las horas se unen en un mismo punto
en el mismo deseo de desaparecer
en la hora condenada al fuego lento de la rabia
y el cuchillo en la carne inocente de cualquiera

O cuando es en la tarde y el sol está rojo de vergüenza
por tanta ternura consumida
por tanta ternura caída

O cuando es de mañana y vuelve el día con sus
martillazos en los dedos

O cuando más gustes desgraciado
el caso es que llega la inútil poesía
cojeando con un tiro en la sien

Y escribes poesías
ya viejas de tanto cantar con la misma garganta
Acostumbradas a ceder en el mismo miedo
caen dos y cuatro y hasta cinco poemas
y el último con un tiro en la sien
ardiendo de sol en el lugar
donde sangra.

Ya no podría entrar en ti

Ya no podría entrar en ti
en tu gruta no habría más apetito
quizá Dios ya no dormía acurrucado
entre tus piernas.

Ya no habría lunares tímidos que contar en tus pechitos.

¡Ah! El apetito de vida se fugaba entre mis dedos
caía tembloroso en la tierra
sembraría por su cuenta
un ramillete de flores o
se dejaría tragar por la huella de tu nombre.

Esa huella que se abrió de tanto mirar
yo la tierra sonando tu nombre entre mis labios
hueca inútil el eco
de tu nombre vacío:

fue ahí entonces donde asustado
puse el pie (quería correr, quería correr)
y caí en un abismo de nada.

Mediodía del trópico

Señor de la ternura
arroje usted ese paraguas
y hunda, con su dedo, la piel del sol:
la transparencia de las hojas quemadas
inundarán un verano de cuerpos
melancólicos y olvidados.
Podrá amarse sin ganarle al tiempo
una pulgada de espera
será una alegría inmóvil
una ola que se envuelve en sí
para desaparecer sobre la arena
o convertirse en un punto brillante
una respiración de paz
el mar no abrazará distancias en los ojos de mi amada.

Y aquel viaje de gallos marinos

¿Qué será de los hermosos gallos que alguna vez cuando llegamos a Cádiz enloquecieron la lógica del tiempo y de la naturaleza al trepar los cuatrocientos cantando como una sola voz temblorosa y febril al destartado Virginia del Churruca? Qué broma más hermosa resultaba la del divino Padre al encender de cantos dorados el mar eterno a nuestros pies y uno que confiaba siempre en la historia del mundo redondo los gatos son felinos y un canario cuando canta se le dice que trina. Seguramente no desconocen la mirada de un joven burlón que se bañaba de cerveza cuando el horizonte era a la vez más lejano y más palpable en el infinito. Seguramente recordarán la mirada de una mujer dorada por el sol del invierno que ahora se empapaba de la gloria de ser adueñada por el cobre caribe. ¡Ah! Y los gritos de júbilo si algún puerto nos buscaba con los ojos y entonces era seguramente de noche y los marineros hinchaban el pecho con el recuerdo de alguna mujer. Virginia del Churruca, disparatado barquitucho con cuatrocientos gallos a cuestas, un poeta descalabradamente irracional y una mujer que lo perseguía día y noche para que no se zambullera otra vez en una nueva odisea de tragos. Loco y los gallos cantando y el mar temblando alrededor de peces y vacas flotantes y si, hay que recordarlo, al vagabundo dueño del bisturí que decía haber amado a cientos de mujeres en viajes tan increíbles como el de los gallos marinos.

Nuala Ní Dhomhnaill

Umberto Cobo

Nuala Ní Dhomhnaill (Lancashire, 1952) es una de las poetas más destacadas de Irlanda hoy. En 1957 su familia regresó a la península de Dingle, reducto gaélico-parlante del Condado de Kerry, donde creció. Se licenció en *University College Cork* y después fue a vivir a Holanda con su marido. Luego se trasladaron a Turquía donde pasarían otros tantos años. Finalmente, regresó a su país, donde ha vivido desde 1980, en Dublín, con su marido, el geólogo turco Dogan Leflet y sus cuatro hijos. Su obra, que ha sido traducida a varios idiomas, ha merecido la atención de la crítica mundial gracias a la admirable labor de traducción al inglés de reconocidos poetas irlandeses contemporáneos como Seamus Heaney, Michael Harnett, Paul Muldoon, John Montague, Eiléan Ní Chuilleanáin, Medbh McGuckian, Michael Longley, etc. En 1991 recibió *The American Ireland Fund Literary Award*. Entre sus títulos destacan *An Dealg Droighin* (1981); *Féar Suaithinseach* (1984); *Rogha Dánta* (1986); *Pharaoh's Daughter* (1990); *Feis* (1991); *The Astrakhan Cloak* (1992); *Selected Poems* (1993); *Cead Aighnis* (1998) y *The Water Horse* (1999). Nuala Ní Dhomhnaill es una de las pocas poetas de Irlanda que escribe exclusivamente en gaélico-irlandés y ha sido elogiada por sus esfuerzos para revitalizar su lengua dentro de la poesía moderna.

Su obra centra su atención en el rico patrimonio tradicional irlandés. Mitos, folclore, la fuerza femenina y el vínculo sólido con la tierra son los temas por excelencia de sus poemas. Su poesía es sutil, sin pretensiones y libre de metáforas, que para ella son atávicas y dificultan el ejercicio de la expresión poética. A estos hay que agregar los mundos

mitológicos clásicos griegos y romanos, sobre los que todavía escribe. Sus poemas míticos expresan una realidad alternativa que forma parte de nuestro mundo, de la misma manera que le es ajena.

Otro de sus temas es la recreación de historias centenarias que persisten en la psique de campesinos y escritores irlandeses. Cree que ciertas historias populares inspiran emociones y reacciones difícilmente reproducibles hoy en día en las versiones recicladas y rebajadas de la misma historia. Otros tratan del lógos o energía femenina, de la fuerza de la mujer durante el embarazo y la represión sufrida por la mujer aún en la sociedad actual. Ní Dhomhnaill compara dicho lógos con su inspiración poética, relacionándolo así mismo con sus impactantes imágenes y su conmovedora sensibilidad.

Su estilo es tan sencillo que pareciera reflejar la sencillez de la naturaleza. Sin embargo, al igual que la naturaleza, contemplar los secretos que esconde cualquiera de sus poemas es descubrir todo un mundo de complejidades, entretejidas a modo de fino tapiz de significados. Y aún cuando se refiera al agua de los ríos, o los peces que saltan en la oscuridad de las noches, sus poemas entran en una profunda ligazón con su entorno, posiblemente deseando vincular su propia existencia con la energía que supuestamente emite su país.

Ní Dhomhnaill ha librado una batalla constante contra los críticos que menosprecian sus esfuerzos por mantener la lengua irlandesa viva y en buen estado. Lucha por conservar su pureza a la luz de acontecimientos políticos y sociales. Se mofa, a su vez, de la gente que se enorgullece de lucir su ignorancia de la lengua irlandesa, que recelan de los orígenes del saber popular y que consideran la lengua irlandesa una lengua muerta. Y teme, en cierto modo, la persistencia de tal ignorancia, que acabaría por eliminar el ya exiguo porcentaje de hablantes de gaélico-irlandés en Irlanda.

Vínculo

Si pongo mi mano sobre el refugio sagrado
si levanto un puente sobre el río,
todo el trabajo de los artistas
se habrá venido abajo con la mañana.

Por la noche llega una barca río arriba
y a bordo una mujer de pie.
Una vela enciende sus ojos y en las manos
lleva dos remos.

Saca una baraja de cartas,
¿Jugamos a las prendas? pregunta
Jugamos y me gana una y otra vez
He aquí su triple amonestación:

No comerás dos veces en la misma casa
no dormirás dos noches bajo el mismo techo,
no amarás dos veces en la misma cama
hasta que la encuentre. Le pregunto dónde vive,

Si fuera oeste te diría este dice, si fuera este entonces oeste.
Se aleja en medio de rayos y centellas
dejándome encallada en la orilla.
Dos velas encendidas me acompañan.

Y dos remos.

Esta pesada soledad

Aleja de mí esta pesada soledad.
No te quedes ahí mirando
detrás de la ventana
vierto mis lágrimas
en mi pinta de Guinness
que te enteres
y abrázame.

Aleja de mí esta pesada soledad.
No vayas a esconderte
detrás de una espesa nube de palabras.
Yo estoy perdida en la misma espesura
en el lugar más oportuno del lago,
dame la mano
y llévame al agujero.

Aleja de mí esta pesada soledad.
Esta angustia a horcajadas
me agobia a diario,
quítame estos arreos
y quizás así seré fiel
por un rato
a quien se quede a mi lado.

Aleja de mí esta pesada soledad.
Apretújame
entre tus tiernas manos.
Mírame a los ojos
y mírame bien,
pues no seré yo quien esté presente
cuando lleguemos al boca boca.

Jerusalén

Cuando pienso en ti
mis pechos se llenan de leche.
Yo soy Jerusalén, la ciudad santa
como la miel y nata
que libres manan.

Mi corazón descansa sobre pus
mis cimientos sobre zafiros
mi tapia y mi tejado son de rubí,
y todas mis puertas son de cristal.

Mas no te lo diré.
El riesgo es pequeño, ya—por si se te sube a la cabeza
No te daría yo esa pizca de satisfacción
que pienses que estoy a tus pies.
Queda tranquilo, no hay cura alguna para mí
no tengo remedio,
digamos pues que mis pechos son de leche
como los de otras criaturas.

The Language Issue

Deposito mi esperanza a bordo
de una barquichuela de palabras
igual que se deja una criatura sobre una cesta
entretejida
con hojas de lirio
reforzada en la base
con betún y pez

luego la dejo entre los juncos
sobre el angosto cauce que abre el hada de la muerte
a la orilla del río
mira a ver
por dónde la lleva la corriente,
Moisés, mira tú, invidente,
¿quién salvará a la hija del faraón?

Mia Lecomte

Domino

Combinar dioses y hombres
el juego no es esto
solamente
es entre los hombres y los hombres
y después abunda la carne
sumada
entre los hombres y el alma
es donde se oculta la carne
bubstraída
entre el alma y el alma,
cuando queda la carne
acerada.

Flujos

Rebozar juntos
desde la vigilia al sueño
desde el sueño a la vigilia
trastocar de nuevo
el pertenecer
y lo perdido
inundando y de nuevo
secando
los cuerpos y sus porosidades
desde el día a la noche
desde la noche al día
filtrar el empuje
y la espera
el gesto y la pose
cercaos y distantes
impregnar cada vez
el ronco andar
del silencio a la palabra
de la palabra al silencio
el adios y su revés
desechado
entre no querer y saber
y no saber y querer.

Leyva, un poeta de Durango

Rafael del Castillo



Sólo quien entiende que la poesía tiene que ver, ineluctablemente, con el ser humano de una manera minuciosa, detenida hasta en sus más mínimos rasgos, gestos o circunstancias, puede decir que sabe de qué habla cuando habla de poesía. O – sobre todo – asumir en justicia la condición de poeta.

Tal es el caso del escritor mexicano José Ángel Leyva. No de otra cosa da cuenta su periplo por diversas disciplinas y tareas que de suyo van y vienen del hombre de carne y hueso hasta el que de alguna manera éste mismo, inventa o imagina, idealiza o explora. Egresado de la Escuela de Medicina de la Universidad Juárez del Estado de Durango en 1984, como queriendo también auscultarle el alma al hombre viaja a Ciudad de México a estudiar psiquiatría. En ese trance se cruza con la palabra poética y encuentra en ella la esencia del buceo

espiritual, del conocimiento y el reconocimiento humano. Resultado: Leyva abraza la carrera de las Letras (tanto en el sentido académico como en el vital), al tiempo que inicia sus labores de editor a bordo de diversas publicaciones de divulgación científica. Consecuentemente publica sus libros de poesía, su trabajo narrativo y ensayístico y, para cerrar el circuito de su compromiso con el diálogo entre el que lee y el que escribe, ejerce con rigor el periodismo cultural, el periodismo de ideas...

Fiel a su credo, Leyva es hoy en día uno de los intelectuales más destacados y activos de las letras latinoamericanas. *Alforja*, la revista de poesía que dirige y edita desde 1997 en compañía del también poeta José Vicente Anaya, se ha convertido en una de las publicaciones más seguidas por todos aquellos que leen, disfrutan y crean poesía en nuestra lengua. Lo anterior toda vez que *Alforja*, antes que una revista de difusión de éste casi secreto género, es uno de los principales bastiones de reflexión en torno al mismo. Así, con naturalidad han sido temas de fondo de la revista: el amor, el erotismo, las vanguardias y posvanguardias, la poesía indígena, el tema gay en la poesía, la guerra, la muerte, la locura, cuando no la revisión detallada de tradiciones poéticas contemporáneas tan importantes y ricas como la brasileña, la peruana y, por sobre todo, la misma mexicana.

Desde una tan cabal perspectiva, y casi podría decirse que como parte de su personalidad y del quehacer que ésta de suyo pareciera exigirle, surge el lúcido proyecto *Verso converso* o *Versos comunicantes* (dos entidades distintas y una única fe: la poesía). El proyecto gira en torno a la idea de presentar a los lectores entrevistas a destacados poetas de Iberoamérica con la particularidad de que las mismas son realizadas también por poetas y/o escritores. A través de esta iniciativa pareciera decirnos Leyva: el poeta que escribe es como un hombre cualquiera aplicado en lo suyo. No hay mayor diferencia en lo

que va de uno a otro. El hombre que habla con otro hombre de su oficio practica – si lo hace bien – un ejercicio especular, intercambiable acaso con unas cuantas fotos mal tomadas. El poeta que habla con otro de su oficio ensaya una poética y, en muchos casos, como sucede con las mejores de ellas, centellea lúcido el poema.

Su obra literaria, cuatro libros de poesía y la novela *La noche del jabalí*, nos invita a abordar un mundo en el que la totalidad de las vivencias humanas busca su correlato. Hablan allí tanto lo erótico (Catulo en el destierro), lo onírico, los personajes arquetípicos del ámbito familiar, el terruño (los *durangueraños*), la amistad, el diablo y sus caretas (las formas de lo humano y lo divino). Su última obra publicada, *La noche del jabalí*, se nos antoja la cifra de sus peripecias existenciales y literarias. Escrita con un dominio innegable del oficio narrativo es, además, la novela de un poeta. Pero no en el sentido que se le suele dar usualmente a tal aseveración: zapatero a tus zapatos. En ella el lector se encuentra con un universo bien definido, habitado por seres absolutamente tangibles —algunos de ellos habitantes de esa otra novela que es la vida concreta: los pintores Carlos y Leonel Maciel—. La trama se desencadena a partir del encuentro de un grupo de amigos que se reúne en el particular escenario que les prodiga la Isla de la Noche para conversar, beber y comer. Un poeta, un escultor y fotógrafo francés, los ya mencionados pintores y algunos miembros de su familia ponen ante el lector, al decir del escrito mexicano Julio Travieso, «entre bocado y bocado, tragos y picadas de zancudos, como sacadas de una cajita china o de una inmensa muñeca rusa, las más delirantes y fabulosas historias que a la vez se constituyen en una mirada burlona, aguda y reflexiva, del México actual...»

José Ángel Leyva

Deseo

 Mi estanque de sed
 tiene la forma del deseo
 la exacta medida de un abrazo
 la redondez oral de la nostalgia
 por una flor que es humedad y alivio
aletazo terrenal de viejas culpas y placeres
 La piel del esqueleto tiritando
 arrastra la llama en las cenizas
 donde arde de nuevo al recordar
 incandescentes lenguas hoy heladas
rocas volcánicas de un magma ayer en movimiento
El tacto ardido se desprende de una álgida placenta
 donde descansa una imagen de sí tan placentera
El nombre del deseo no responde a un cuerpo solo
ni siquiera a presencias con sabor de boca a boca
 Son las voces de un conjuro que me nombra
 y encarnadas en mí se encuentran solas
como visión del ojo desprendido de su cuenca
 o la palabra carne que busca ser comida

Corazón felino

¿Qué parte de mí lleva tu nombre?
Al respirar el eco de una sombra
busco entre las huellas borrosas
de mi sangre
algún vestigio de alfabeto
los ojos de un hallazgo
la piel donde resuenen
pies y manos
tierra y fuego
noche y llanto
Una apariencia deslizándose
te nombra
Del sobresalto pasa el corazón
ondeando el lomo suavemente
a caminar manso en su jaula
Ventea el lugar donde apareces
gemela de una sístole fantasma
de un ruido sin zozobra
Encuentra el hueco del olor
un gusto a brevedad
que se dilata y permanece alrededor
a fondo
Sabe a inicial
de tiempo transcurrido afuera
a cúmulo interior de ausencias
no de ayer sino de ahora
Sabe mi lengua a corazón felino
sabe de ti
lleno en tu nombre

Hacer el fuego

Hacer el fuego
Tomar de ti la yesca
frotarla en mi costilla
Algún punto cardinal tendrá sentido
cuando la llama salga a unificar mis dedos
cuando la mano entera busque reconocerse en la otra mano
ya sin la garra voraz que acosa a su aterida sombra
Pondré mi instinto en dirección al tuyo
y entraré por la fuerza en la dulzura
imaginando ser lo que se sueña
Vendrá del pedernal la lumbre
un crepitar de voces
la flama líquida
cenizas

Lengua extraña

Una mano alada
repta entre los vidrios del pasado

Gesticula rota

Sabe a lengua extraña
en el pozo reseco de mi asombro
Desarruga los signos del dolor
el blanco y negro de los besos

ajenos a uno mismo
fantasmas locos
sepultados en las costras
inservibles del orgullo

Ese

idioma

me busca

a oscuras

ensimismado

en el goteo moribundo

de una estalactita

en el

ojo

Esa mano recoge la señal
me da a beber su fuerza cristalina
el agua dulce y salada
de un lenguaje visible
entre las sombras
donde la voz se oye
como el hueso frutal
en tentación
cayendo

Erizos

Sólo la estatua del dolor
perdura
lo demás desaparece
Los gestos del placer acaban
hundidos por su propio peso
No queda nada después del resplandor
si no se alcanza a recordar
el cuerpo y la voz necesitadas
si se miran los hechos por encima
de un cementerio de cadáveres anónimos
No queda nada en el aburrimiento
¿Qué puede haber antes y después
de un fogonazo inútil?
El ojo que se busca encuentra
sombras
de
un
ser
observa su presencia
su volumen calcado
a la raíz del área
de la respiración
del fuego
No hay pasatiempo
sólo la muerte reposa en las ciénagas
por donde caminan los erizos
hambrientos de caricias

J.G. Cobo Borda (Bogotá, 1948), poeta, ensayista, crítico y diplomático, es uno de los miembros de la llamada *Generación desencantada*. Sus más recientes libros son *Lector impenitente*; *Lengua erótica*; *Colombia, cultura y violencia* y *Retratos de poetas* (2004).

Kostas Karyotakis (Trípoli, 1896-1928) pasó su niñez en Creta, estudió en Canea el bachillerato y derecho en la Universidad de Atenas, donde también siguió cursos de filosofía. Luego de trabajar por un tiempo en el ministerio de relaciones exteriores, ingresó al ejército, pero fue relevado de esa obligación para enviarlo a diferentes destinos que concluyeron como jefe de una oficina de refugiados de entre guerras, visitando Italia, Alemania y Francia. Se quitó la vida la tarde del 21 de Julio de 1928 en Preveza, un pueblo costero de Grecia. Traductor de Verlaine, Heine, Baudelaire y otros poetas franceses, su obra fue publicada en *El dolor del hombre y de las cosas* (1919); *Sin Luto* (1921) y *Elegías y sátiras* (1927). Versiones directas del griego por Umberto Cobo.

Jean Dif (Saint-Sandoux, 1934) ha publicado, entre otros libros, *La Voix Publique* (1956); *Kaléidoscope* (1996); *Variations* (1999) y *Eglogues Printanières* (2005). Sus poemas fueran traducidos, con la ayuda de su autor, por Umberto Cobo.

Pepe Barroeta (Pampanito, 1942), Licenciado en Derecho por la Universidad de Carabobo y Doctor en Literatura de la Universidad de París; miembro de *La Pandilla de Lautrèamont* y de *La Tabla Redonda*, es uno de los más prestigiosos poetas de la Venezuela actual. *Obra poética* (1971-1996)(2001) recoge parcialmente sus libros. Ha recibido el Premio Miguel Otero Silva en 1982.

Francisco Massiani (Caracas, 1944), vivió parte de su niñez y adolescencia en Chile y residió durante varios años en París. Es autor de la novela *Piedra de mar* (1968), considerada un clásico de la narrativa venezolana contemporánea. Este año obtuvo el Premio de la Fundación para la Cultura Urbana de Caracas, por su libro de relatos *Florencio y los pajaritos de Angelina su mujer* (2005). De forma paralela a la escritura Massiani ha desarrollado una reconocida trayectoria como dibujante. Arquitrave Editores publicará el año que viene una *Antología* de sus poemas con un prólogo de Rodrigo Blanco Calderón.

Los textos de la poeta irlandesa **Noala Ní Dhomhnaill** han sido traducidos directamente del gaélico por Rosana Herrero y Mia Smyth.

Mia Lecomte (Milán, 1966), poeta, crítica y editora graduada en Letras en la Universidad de Florencia colabora en varias revistas virtuales italianas y en *Le Monde Diplomatique* y *Il Manifesto*. Entre sus libros figuran *Animali parlanti. Le parole degli animali nella letteratura del Cinquecento e del Seicento* (Firenze 1995); *Poesie* (Napoli, 1991); *Geometrie reversibili* (Salerno, 1996); *Litania del perduto* (Prato, 2002) y *Autobiografie non vissute* (Lecce, 2004). Sus poemas fueran traducidos por M.C. Romero y M. Villagra.

José Ángel Leyva (Durango, 1958), fundador y coeditor de la prestigiosa revista de poesía **Alforja**, ha recibido varios premios literarios por su poesía y trabajos periodísticos. Entre sus libros más recientes figuran la novela *La noche del jabalí* (2002) y los libros de entrevistas con poetas mexicanos e iberoamericanos *Versoconverso* (2000) y *Versos comunicantes* (2001).

La foto de la portada es de J.G. Cobo Borda en 1972 y la que ilustra el artículo sobre su vida y obra es de Miguel Menéndez y fue cedida por **El Tiempo**.